

S.I.R.I.

- Alejandro José Padilla Rodríguez -

Ardía el sol de verano arriba en el cielo, mientras abajo en la tierra las chicharras cantaban quejumbrosas escondidas entre los escasos matorrales que decoraban el desértico paraje. La chatarra repartida en la estación de reciclaje reflectaba un calor salvaje alrededor de la nave principal en forma de hangar, de planchas de metal corrugado, solitaria y acompañada sólo por enormes montañas de deshechos metálicos y torres de restos de vehículos, todo acotado por un clásico muro de bloques de hormigón, de unos 2 metros y medio de altura.

Dentro, se apilaban antiguos BMW de principios de los 20 que aún podían funcionar con gasolina, motocicletas, carrocerías de Aeromaster aún con la pintura en descomposición, Cavalrys, depósitos de bio-etanol sin dueño, incluso inexplicablemente restos de las más modernas gamas de vehículos actuales que aún no habían sido desmontados de los que sin duda podrían sacar mucho provecho en la reventa de inductores y ordenadores de a bordo.

Los vehículos parecían escrutar cada gesto de Zora, que llevaba a cabo parte de su trabajo diario clasificando restos de chatarra ahí abajo. En silencio, la muchacha se limpiaba el sudor con un trapo usado enganchado en el vaquero, desgastado por el sol y el uso. Rutinariamente, Zora se agachó junto al coche aplastado que la grúa había dejado en el patio trasero del modesto complejo. Deslizó sus brazos por debajo del coche, hasta el codo, y se irguió levantando los restos del coche junto a ella. Caminó tranquilamente hasta una incipiente nueva torre de vehículos destrozados, subió el coche encima de otro depositado días atrás, y lo colocó con cuidado de no resultar pellizcada. Al terminar la tarea, las bocanadas de aire comprimido que exhalaban los sistemas neumáticos del exoesqueleto que Zora conducía eran uno de los pocos alivios frente al fuerte calor.

- Tranquilo Ronin...- dijo Zora con una leve sonrisa. De alguna forma comunicarse con el exoesqueleto la distraía de las duras jornadas de trabajo allí en aquella zona semi-desértica. Después de todo, Ronin había sido construido para ayudar en la tarea del trabajo. Una ligera estructura ajustada a las proporciones de Zora, livianas como sus 24 años pero con el carácter del mecánico más malcriado de toda la meseta este. Aún recordaba los 3 años y 7 meses que invirtió su padre, antiguo ingeniero robótico, en el diseño del sistema de ajuste. El resto de piezas de Ronin por aquél entonces estaban ya planificadas, y a medio construir. Y Zora no podía olvidar cuando pilotó a Ronin por primera vez, 10 largos años atrás.

Caminaba arrastrada por su padre, que la llevó recorriendo la casa de un sólo piso, recién levantada, sin apenas tiempo de desvelarse. Sin saber muy bien qué hacía, tomó el abrigo que le ofrecía su padre, un anorak gris bastante usado, y salió al exterior siguiéndole bajo el cielo encapotado, calzada con unas zapatillas de andar por casa que encontró en la entrada, sin dueño.

La llevó hasta la nave de equipos de la chatarrería. No estaba muy alejada de casa, aunque tenían que rodear primero la nave principal. Era día de descanso, y ni Miguel ni Zackie estaban por allí esperando la apertura de la nave para comenzar su jornada como mecánicos de la chatarrería. Zora seguía preguntándose qué pasaba, no recordaba nada útil allí. El exoesqueleto que había estado ayudando a desarrollar a su padre la última vez que lo vio estaba colgado, sin vida, en la nave principal después de que por un mal engrane el sistema de ajuste retorciera toda la estructura que permitía a los brazos bloquearse al levantar peso, meses atrás.

“- Es increíble, Zorita, lo tenemos, y tú vas a ser la primera en llevarlo. ¡Enhorabuena!-“. Zora no tuvo tiempo para reaccionar. La nave de equipos era un relativamente pequeño almacén de herramientas, no

más grande que un garaje, y de apenas 2 metros de altura. No era ni un cuarto de la nave principal, dónde se refugiaba la maquinaria más pesada de “Centro de reciclaje Garymann 221T-L”. Compactadoras, sierras enormes, estaciones de electrónica, altísimas columnas descomponedoras de alta presión, prensas, talleres de montaje de piezas, una antigua grúa automática que recorría la estación mediante guías colocadas en el techo para levantar grandes pesos... Nada de eso cabía en la pequeña nave de equipos ni tan siquiera desmontado. Pero Zora desconocía el hito que significaría para ella aquél viejo recuerdo, cuando su padre abrió la puerta corrediza, dejando al descubierto a Ronin. La imagen inolvidable del sistema neumático izado desde el techo. El metal relucía en color amarillo. Una pequeña caja metálica redondeada a modo de mochila contenía el ordenador de a bordo que controlaba el sistema de ajuste, además de un avanzado compresor de aire desde el que salían cables y tubos de aire, que terminaban en sistemas neumáticos de almacenamiento y circuitos de aire comprimido enganchados por correas a los brazos y muslos, éstos insertos en una estructura tubular metálica serpenteando en la forma más cómoda posible alrededor de los brazos. Los pies reposaban sobre dos plataformas metálicas, y las manos se refugiaban en unos guanteletes, asegurados a las muñecas por un sistema hinchable similar a los medidores de tensión sanguínea. Los guanteletes transmitían el movimiento a los puños mecánicos de 3 garras, capaces de bloquearse para dar lugar a una armadura inmóvil de acero capaz de soportar 5 toneladas de peso, a cambio de algo de torpeza. Un programa de a bordo contaba con un sistema de piloto automático para hacer andar al exoesqueleto automáticamente sin necesidad de hacer el esfuerzo siquiera de caminar. “¡ El culmen del bricolaje!”- Le dijo su padre, con una enorme sonrisa en la cara, haciéndola reír.

Zora reconocía ahora la gran labor de su padre, los años que le llevó diseñarlo, que ahora eran de ella. Había carísimos sistemas de exoesqueleto en el mercado, pero Ronin era único. Empezando por la placa que decoraba el exterior del módulo de la espalda que rezaba “Levantamos mundos con la mente.”

El viejo Ronin estaba oxidado en algunos puntos, aunque Zora lo cuidaba y mantenía siempre limpias y seguras las juntas tóricas y articulaciones importantes como las falanges metálicas que conformaban las garras.

Al terminar 3 horas más tarde, Zora caminó hasta la nave de equipos con el aparatoso ruido de las pisadas metálicas, encajó los ganchos de sujeción en puntos estratégicos de Ronin, y procedió a desatar las correas. El sistema de ajuste, certero como siempre, desactivó los sistemas neumáticos en el momento que las correas se aflojaron, quedando el complejo sistema inerte, colgado del techo mientras sacaba sus piernas del artefacto. Aprendió el procedimiento rápido, un par de veces sujetó mal a Ronin, y una de ellas faltó poco para que el efecto palanca al caer la armadura bloqueada le partiera las dos tibias aún insertas en el traje. Pero ya llevaba años sin errar el proceso.

Se dirigió a casa, como todos los días. Saludó a su padre, viendo la holo-tv tumbado en el sofá. Hacía bastante tiempo que su padre descansaba antes, y había dejado de realizar esfuerzos por la edad a recomendación de médicos. Las figuras que se materializaban en el aire desde la pantalla extendiéndose en arco hicieron pensar a Zora que debía tratarse de un documental sobre naturaleza. Dio un par de besos cariñosos a su padre y se dirigió a su dormitorio.

Entró en su habitación, y barrió con la mirada el desorden. Tampoco tenía necesidad de ordenar la habitación, en realidad pasaba más tiempo fuera de ella trabajando que dentro. Pero le gustaba sentirse ella misma allí, una estantería soportaba una generosa colección de piezas extrañas, que Zora iba recolectando cuando podía. Le gustaba hacerlo, y acostumbró a rellenar una ficha de cada una de las piezas que iba guardando a lo largo del tiempo. Algunas las utilizaba para hacer esculturas de chatarra, pero con diferencia, la que más le sobrecogía era Siri. Contaba la edad de 16 años cuando la encontró. Una noche de invierno, en un cielo claro y estrellado, un destello celeste la sacó de su vigilia, un

destello que, sin ruido alguno, se apagó tras una elevación cercana, oscura contra la noche excepto cuando algún coche en la carretera pasaba junto al complejo, iluminando levemente la ladera.

Un tiempo después, tras repetidas negativas por parte de su incrédulo padre, aprovechando un día de trabajo cualquiera en el centro de reciclaje, escapó para supervisar qué había sido ese misterioso destello.

El relieve era una pequeña meseta que se alzaba junto al complejo, a escasos 150 metros de su casa la ladera comenzaba a alzarse, con una suave cuesta de no más de 2 pisos de altura, que Zora subía sin problemas. Conocía aquella zona, desde la época en la que ella apenas era capaz de escalar dentro del maletero del viejo coche abandonado en la campiña, jugando con sus pocas amigas. Era común encontrar restos de chatarra allí acumulados a lo largo de años y años. Cuando Zora cruzó el terreno 200 metros más allá de la subida, algo llamó poderosamente su atención. Claramente era otra pieza más de chatarra, de metal, pero una parte de tamaño similar al de un motor, sin resto alguno de corrosión, sobresalía de un suelo apenas removido. La pieza estaba semienterrada.

Cuando se acercó a verla le suscitó gran parecido con una turbina aeronáutica en miniatura, aún así, tuvo que recurrir a la ayuda de Ronin para levantar lo que resultó ser una mole de aproximadamente 150 kg de la que sólo había sido visible la mitad de su tamaño. Una majestuosa pieza de metal pulido de cerca de metro y medio de altura apoyada en vertical. La parte superior era cónica con un orificio en el vértice, pero a mitad del cono una serie de piezas encajadas y atornilladas comenzaban a dar formas exóticas al artefacto, cuando Zora lo describía a conocidos y amigos, no le parecía descabellado hacer el símil con la forma en la que se descompone la roca en un grabado azteca, salvando las diferencias.

La base pasaba de ser un cono a un enredo de tubos metálicos, que se arremolinaban en formas geométricas junto a tubos de goma, y cables partidos formando un bloque tubular. Pero lo que siempre extrañó a Zora, es que la pieza parecía haber sido arrancada violentamente de algún lugar. Entre todos llegaron a la conclusión de que seguramente se habría desprendido de un avión en vuelo.

A Zora le encantaba la pieza, jamás había visto algo parecido, y decidió adoptarla como decoración exótica en su habitación. Le encantaba el aspecto que daba Siri a su habitación junto a los carteles de vehículos y esquemas mecánicos, y había engrosado su colección de piezas extrañas. No le molestaba reconocer su manía de bautizar piezas mecánicas, pero Siri realmente se llamaba así, como rezaba una inscripción que rodeaba todo el contorno de la base cónica, una serie de 14 dígitos combinados con letras, guión, SIRI. No encontraron referencias en ningún sitio. Estaba segura de que Siri no presentaba rastro alguno de antigüedad, y le encantaba haber encontrado una pieza tan llamativa, en circunstancias tan singulares.

Se vistió tras el generoso desayuno. Era día de descanso para ella y su padre estaba en la nave junto a sus trabajadores. Zora se vistió, se duchó, y se encaminó al coche para llegar a tiempo a la exposición.

El museo acababa de abrir, eran las 10.00 de la mañana. Hacía buen clima, y los jardines soleados y de césped uniforme acogían gente y estudiantes que acompañados bien por su pareja o por un e-book tomaban el sol en los espacios que dejaban los caminos de piedra que recorrían los jardines hasta la escultura de la entrada. El edificio de 5 pisos aguardaba con 2 enormes carteles colgantes a ambos lados de la entrada anunciando la exposición. Ilusionada como una niña pequeña, Zora entró en el edificio y pagó su entrada.

Desde los prototipos de motores de combustión hasta los más sofisticados generadores magnéticos que en ése momento poblaban la tierra, pasando por la fisión y la ahora incipiente fusión nuclear. En los libros de historia se hablaba cerca de 2 siglos de lucha energética, patentes ocultas y demás. Fue la

aparición del generador electromagnético totalmente autónomo el que permitía a Zora vivir sin preocupaciones. Los generadores electromagnéticos no eran ya caros, y la lucha energética evolucionó desde una lucha de patentes hasta la lucha por la calidad, autonomía, potencia y manejabilidad. Incluso había visitado en su época escolar uno de los enormes supergeneradores que alimentaban la ciudad, de los cuales halló una maqueta en miniatura expuesta en el museo. Zora recorrió la exposición tomando nota mental de cada pieza, de cada engrane, si daba por casualidad con alguna pieza de esos ingenios, quería saber que tenía entre manos, incluso reconstruir algún artefacto, si tropezaba con esa posibilidad.

Recorrió las galerías escuchando su reproductor de música, recreando en su mente el mundo y mentalidad que había llevado a crear tal y cual pieza. Salió del museo de ciencia 3 horas más tarde, dejando los 5 modernos pisos a su espalda, a los jardines del mismo, y se encontró con la ciudad plantando cara, centinela del cielo. Era una zona de escaso tráfico, en un rincón de la ciudad, pero no escaseaban los altísimos rascacielos, incluso algunos robots de mantenimiento recorriendo las fachadas adheridos de alguna forma a éstas. Recordaba haber estudiado en la escuela cómo la vida de las ciudades poco a poco empezó a concentrarse dentro de los edificios en lugar de en las calles tras la revolución energética. Los pasajes que unían los edificios unos con los otros a 20 pisos de altura y más... la ciudad casi dejaba en sombras cualquier cosa a nivel del suelo, donde la gente circulaba por miles de caminos. Pero a Zora, una habitante de las afueras, le asombraba todo aquello, y fantaseaba con coches voladores como había fantaseado la civilización siglos antes que ella, sin llegar a solución para ello. Empezaba a atardecer y el sol ya se ocultaba tras las altísimas azoteas.

Algunos transeúntes miraban la escultura de “El Progreso”,alzada sobre una rotonda decorativa de piedra salpicada con matorrales de brillantes flores bordeando la rocalla. Poca gente sabía que Zora había construido el elegante tren de chatarra que se montaba a medida que avanzaba por una vía desenrollándose, mientras algunas piezas revoloteaban alrededor a punto de unirse a la escultura, enorme.

A la vuelta, los puentes colgantes que sobrevolaban los lagos y lagunas del Parque Ventura saltaban aquí y allá entre la vegetación y algunos de los enormes árboles transgénicos sobresalían junto a los edificios en la llanura. Entonces, sorpresivamente, su teléfono móvil comenzó a sonar. Levantó la muñeca y observó en la pulsera de grafeno compuesto un número desconocido. Palpó la pulsera táctil dos veces seguidas y descolgó, esperando encontrarse con una oferta de algún contrato de telefonía o demás promociones. En seguida una voz comenzó a sonar en el auricular inalámbrico que Zora siempre llevaba puesto:

- Hola, ¿hablo con Zora Garymann?
- Sí, soy yo...- “No me equivoco”, pensó Zora en silencio.
- Hola, soy Samuel Ton...
- No me interesa – Pero Zora reparó al instante de que no había dado tiempo a hablar al sujeto.
- ¿Perdón? creo que no le he entendido bien...- dijo con un notable tono de extrañeza el hombre.
- ¡No, no, disculpe! ¡le había confundido con otra persona! – Se sonrojó al hablar, risueña por lo extravagante de la situación.
- Oh, bien, no pasa nada. Soy Samuel Tonnke, estoy interesado en hacerle un encargo artístico. He podido ver algunas de sus obras tiempo atrás, y ciertamente tenía ganas de dar con usted, más ahora que creo que puedo permitírmelo.

La sensación de extrañeza invadió a Zora. Hacía mucho tiempo que no recibía pedidos y que su nombre dejaba de verse en exposiciones. Optó por creer en la palabra del hombre, incluso se le ocurrió

la romántica idea de que ése hombre estuviera llamando desde delante de “El Progreso”, solitario delante de la escultura. Dejó las divagaciones para más adelante y pulsó el botón de “Anotaciones” desplegado un teclado en la pulsera de aspecto holográfico debajo del número, que mostraba una casilla con una interrogación donde habría de haber una fotografía del contacto.

- Bien, tomo nota.
- Oh, no se preocupe, envíe a su correo electrónico mi pedido...
- Bien de acuerdo, señor Samuel, veré si ésta tarde puedo... - El misterioso sujeto ya había colgado.

Zora pulsó el botón de guardar contacto y recitó: “Samuel Tonnke...cliente artístico...guardar”.

Tardó 40 minutos más en llegar hasta su casa en autobús, pasados un par de modestos complejos de naves de almacenamiento, tan inofensivos de día como truculentos de noche. Pero en el centro de reciclaje Garymann todo transcurría con normalidad. Se acercaban las últimas horas de la tarde, los focos iluminaban la tarea de los trabajadores que aún seguían manejando grúas que resonaban dentro de la nave iluminada, bastante grande vista desde fuera entre los montones de chatarra. Rodeó la nave y llegó a casa. Podía distinguir los destellos de la holo-tv en el salón, como todas las tardes en casa de su solitario padre.

Zora entró en casa, saludó a su padre adormilado en el sofá, y se dirigió a su cuarto, directamente al pc, ansiosa por saber qué exótica tarea iba a romper su monotonía ésta vez. Se quitó su chaqueta, y sin más retraso encendió su pc. Lanzó la chaqueta a la cama, tocó con la yema el botón de encendido grabado en la placa de grafeno sobre el que se asentaba la pantalla plana, y enseguida un impulso de color azul dibujó con rapidez progresiva una serie de circuitos dentro del metacrilato, terminando por un flash de la pantalla al encenderse que iluminó tenuemente la estancia, ya en penumbra con el atardecer. Zora abrió el correo y localizó rápidamente el e-mail del tal Samuel Tonnke en la bandeja de entrada, junto a alguna que otra publicidad y ofertas de viaje. Abrió el e-mail.

El correo mostraba una foto de perfil del tal Samuel, un hombre cerca de los 45 pero apuesto, sonriente y triunfal, estilizado, con una mirada cobriza y profunda, rodeada de rasgos claramente centroeuropeos. Su pelo canoso, elegantemente peinado, daba un toque de distinción a la imagen que Zora no acostumbraba a encontrar en su clientela, artistas casi siempre, acabados o iniciados, en busca de una última o primera inspiración en la inocente obra de Zora, que había pasado por unas pocas exposiciones artísticas. La petición se acercaba a la pura poesía. Hablaba de dimensiones, de nuevos mundos y exploradores, de largos viajes, de descubrimientos y ventanas, de trascender el tiempo, de la evolución hasta su último límite, del progreso, incluso de una nueva humanidad...

Tardó segundos en reaccionar. Los reducidos detalles técnicos quedaban en nimiedad. Por una vez en mucho tiempo, experimentaba la inquietud del artista. Tenía que contactar con ése hombre que le había solicitado una escultura de “cerca de 2 metros de altura y 2,5 de largo.”

- Tal vez merezca la pena...- pensó – ...un particular que hace tal encargo debe estar seguro de poder permitírselo...” – Zora recordaba una y otra vez el momento en el que le extendieron el cheque a cambio de “El Progreso”. Le costó un gran esfuerzo emocional aceptarlo, pues en principio no iba destinado a la venta, quería usarlo para promocionar el centro de reciclaje, colocarlo en la puerta, o incluso como señalización al borde de la carretera, pero la Zora artística buscaba la gloria, y ésta ganó el duelo.

Samuel Tonnke

Samuel colgó el teléfono tras hablar con ésa tal Zora y lo echó al bolsillo. Miró al enorme tren delante del museo de nuevo, olfateando el cariño y dedicación vertidos en tal estructura. Miró su reloj, y se dirigió a la parada de taxis sumido en sus pensamientos, dejando la escultura a su espalda, pensativo.

Samuel meditaba a medida que descendía por el camino hacia las puertas de los jardines del museo, pensativo: - Tengo que hablar con Jonas para que revise los datos de la financiación... antes de que se me olvide... - Dio un traspies con una piedra que sobresalía del camino, sin más consecuencias - ...uf, por poco... veamos, tengo que comprar los billetes hacia Melbourne, comunicar mi traslado a la universidad... - comenzó a pulsar la pantalla táctil en la consola pública de la parada de taxis para seleccionar el destino, y esperó en la parada los 3 minutos que tardó en llegar el taxi que le llevaría a casa. Éste, blanco con una línea naranja que cruzaba en horizontal el elegante chasis redondeado, abrió la puerta corrediza dejando a Samuel entrar en los asientos de pasajeros, mientras levitaba casi amenazante sobre los avanzados inductores magnéticos, crepitantes.

Se apeó en su urbanización, y entró a los jardines. Normalmente le pedían la identificación de residente al entrar, pero no el guarda Roney, el cuál le saludó efusivamente desde su garita antes de abrir las elegantes puertas de la urbanización privada. Samuel llegó a su verja, abrió con su tarjeta, y tras cruzar un no extenso jardín, entró en casa, invadida por un olor a comida especiada que le encantaba. Le tranquilizaba enormemente llegar a casa y que todo fuera tan familiar, Nerón jugaba concentrado a un videojuego en el salón. Éste se levantó y lanzó su pequeño cuerpo de 12 años contra el de Samuel en un efusivo abrazo - “¡Hola papi!” - “Eh Nerón que fuerte abrazas, me vas a hacer daño” - dijo Samuel devolviéndole el abrazo mientras el chico insistía en apretar haciendo fuerza alrededor de la pierna derecha de Samuel, aceptando el reto. Mientras tanto, Samuel arrastraba al pequeño Nerón enroscado en su pierna, y se aproximó a Lyl, que caminaba sonriente desde la cocina, para intercambiarle un jugoso beso en los labios. - Agnes ya está dormida, le dijo Lyl, con su blanca sonrisa reluciente sobre sus rasgos africanos-

“Todos están bien, pero todos sabemos que me tengo que ir...” - pensó Samuel algo melancólico. En cuestión de semanas tomaría un vuelo a Melbourne para quién sabía si volver o no.

A la mañana siguiente Samuel se encontró con Jonas en una tranquila cafetería en una plaza de la ciudad. Se acercó sigilosamente a la mesa dónde Jonas leía un periódico:

- ¡Joder, Tonnke, que susto! - gritó Jonas mientras se recolocaba sus gafas de sol, ocultando su iris opaco.
- Tranquilo, vengo en son de paz - dijo Samuel, a la vez que imitaba un saludo alienígena con su mano separando los dedos por la mitad. Se estrecharon la mano y antes de terminar el saludo ya les había atendido un camarero del lugar.
- ¿Bueno Jonas, que buenas nuevas me traes entonces?... Nos vimos hace dos días, debe ser algo muy importante...
- Perdona que le robe su tiempo, Don Genio - respondió socarronamente Jonas, acompañando con una irónica reverencia hacia Samuel. - Pero parece ser que sí hay noticias, y muy importantes. Nos han confirmado la subvención, y están esperando a la firma de todos nosotros para hacer el primer ingreso...
- Vaya... - dijo cabizbajo Samuel - Parece ser que va en serio...
- Samuel, es el proyecto de nuestras vidas. Comprendo que sea difícil... piensa que siempre podréis ir a vivir todos a Melbourne. Créeme, merece la pena, se lo debemos a Jayin...
- Ya... Y dime Jonas... ¿a qué gran empresa voy a estar sometido durante Dios sabe el tiempo...?

Jonas agachó la cabeza, asintiendo levemente, y con la cabeza aún baja, levantó la mirada por encima de sus gafas de sol dejando ver su ojo tuerto de nuevo, y mirando fijamente a Samuel a los ojos, soltó la bomba...

- Al gobierno, Tonnke. Al gobierno...

Zora Garymann

Era un día soleado, y Zora se encontraba especialmente animada por el proyecto próximo. Comenzó el día de trabajo a las 10.00 a.m. montó en su apreciado Ronin, y no tardaron mucho en llegar Miguel y Zackie a echarle una mano a Zora y a su padre, el envejecido Nathan Garymann, a poner en marcha la maquinaria.

Zora se encontraba en uno de los laterales de la nave clasificando restos. Sudorosa, cargaba una pila de varios neumáticos usados cuando escuchó, amortiguados tras la nave y sus ruidos, los furiosos gritos de su padre. Zora desbloqueó a Ronin, dejando caer los neumáticos al suelo y caminó a paso rápido hacia la entrada del complejo.

Al girar la esquina, distinguió a su padre discutiendo con lo que parecían ser 2 agentes de policía en la entrada. Uno de ellos giró su cabeza para observar con curiosidad cómo Zora, voluminosa al contraluz gracias al exoesqueleto, se acercaba aparatosamente hacia ellos.

- ¡No!;No, no y no!;Escuche agente, llevo más de 20 años con mi negocio, y jamás me han solicitado el cierre para una inspección, algo debe de estar mal! – aullaba Nathan, padre de Zora, enrojecido de furia, mientras giraba la cabeza rápidamente hacia Zora, alertado por las pisadas mecánicas – ¡Zora!;Menos mal, ven, ayúdame con esto!
- No depende de nosotros, señor. – intervino tranquilamente el agente con el que discutía Nathan.- Ni de ella ni de nadie, tendrá que presentar una reclamación...
- Papá, tranquilízate – dijo Zora, que extrajo una mano del guantelete y agarró el hombro de su padre, acción complicada de no haber estado montada en Ronin, ya que su padre era más alto que ella y Ronin levantaba a Zora unos 10 centímetros por las plataformas a modo de pies.
- Dime, ¿qué ocurre?
- ¡Dicen que tenemos que cerrar hoy, que van a hacer una inspección!;Por Dios, tengo todo en regla! – insistía el furioso Nathan. - ¡Que vamos a hacer con todo éste trabajo!
- Papá, lo sé, tranquilo, no tenemos nada que temer.- Dijo Zora, tomando con suavidad la orden que aún mantenía su padre agarrada, arrugada por la tensión de Nathan. – Lo siento, agente... nos pondremos en marcha – dijo mirando al policía.
- Firme aquí y aquí.- Indicó el policía extendiendo una tablilla portapapeles como apoyo, junto a un bolígrafo. Entre maldiciones y resoplidos, Nathan firmó y se alejó dándoles la espalda, aún murmurando, y estrelló un sucio trapo en el suelo.
- No depende de nosotros, señorita. Llegarán sobre las 5 de la tarde. Que tenga un buen día. – El agente tomó el portapapeles y se marchó junto a su compañero hacia el coche.

El día pasó fugazmente. Zora salió de su habitación, dónde había empezado a abocetar la escultura encargada por Samuel, y se sentó junto a su padre en el sofá, adormilado viendo la televisión tras el almuerzo.

- No puedo con éstas cosas Zora...Hay mucho trabajo, y ya sabes que lo necesito...

- No pasa nada papá, con suerte mañana se habrán ido y podremos retomar todo – Zora había entrenado su mirada de comprensión durante años con Nathan, y sabía que el trabajo era gran parte de la vida de su padre, que se abstraía de esa manera de su realidad.
- Eso espero...hay que revisar una de las columnas de descomposición...ayer un escape casi le cuesta la mano a Zackie...tenemos que desmontarla entera...- Comentaba Nathan frotándose lentamente los ojos.
- Bueno, mañana empezamos con todo eso. Tenemos que ir ya papá, ya es casi la hora...

Se reunieron todos detrás de la nave principal, y Nathan comenzó a dictar instrucciones. Zora reconoció a todos allí. Miguel y Zackie, los operadores de maquinas, Noel el especialista en electrónica, y Marqués que se encargaba del trabajo de gestión junto a su padre, todos trabajadores de origen africano, nacidos y crecidos no muy lejos, en Tembisa. Las instrucciones de Nathan fueron simples y precisas:

- Todos nosotros sabemos que no hay problema alguno, ¿de acuerdo?...no hagáis ni digáis nada más allá de lo que os pregunten, no los quiero aquí más tiempo del necesario. El exoesqueleto de Zora está guardado fuera del complejo, no hagáis ninguna referencia...ya sabéis que no está homologado y a los inspectores puede no gustarles demasiado. Sólo eso.

La única reacción fueron los murmullos de afirmación de los allí presentes, que se distribuyeron charlando los unos con los otros sentados sobre neumáticos apilados, muchos fumando sus correspondientes pitillos al resguardo de la sombra que ofrecía la gran nave central.

Pasaron 10 minutos aproximadamente, una bocina sonó por encima de las chicharras, que hervían escondidas entre el metal expuesto al intenso calor. Todos quedaron en silencio, mirando a Nathan, que con hastío levantó de la caja de herramientas sobre la que reposaba y ordenó a todos esperar allí mientras recibía a los inspectores junto a Zora.

Zora no había pasado nunca por una inspección, y confiaba en saber cómo actuar. Dos inspectores llegaron al complejo en un elegante coche oficial, trajeados, tomando notas aquí y allá acompañados por unos extrañamente parcos en palabras acompañantes de traje a los que Zora no quitó el ojo de encima. Preguntaron a su padre sobre la planta, se esparcían preguntando a los trabajadores y tomaban datos de absolutamente todas las máquinas que encontraban. Una vez terminaron, a última hora de la tarde, Zora y su padre se retiraron a descansar, absolutamente inquietos después de tal bombardeo de preguntas inquisitivas. Habría tiempo, pues no podían retomar la actividad del centro hasta haber recibido los resultados de la inspección, según ordenó uno de los inspectores, ataviado con camisa, gafas y una cartera oficial de donde extrajo su identificación en los momentos oportunos.

La puerta resonó fuertemente. Zora despertó con un sobresalto y encontró el reloj despertador mirándola fijamente, eran las 10:34 a.m. La puerta resonaba cada vez más fuerte a medida que alguien llamaba de forma cada vez más violenta. Zora se puso las zapatillas de andar por casa, y recogió su pelo tras humedecerse la cara, acompañada mientras por los golpes. El mal humor de Zora aumentaba a medida que lo hacía la intensidad de los golpes, pero su padre debía de seguir dormido aún.

Se acercó a la puerta, con claro enfado giró la llave, colocada por dentro, y abrió de un tirón. Apenas le dio tiempo para apartarse de la consiguiente inundación de policías que irrumpió en casa ante la atónita y ojerosa mirada de Zora que apenas pudo contarlos. El movimiento fue repentino. 5, 6, 7...y su mirada se encontró de frente con la de otro sujeto que esperaba en la puerta vestido de traje con una placa policial colgada al cuello. En una fugaz mirada hacia el interior de la casa vio como los agentes doblaban el cruce con el pasillo en dirección a la cocina, el salón, y habitaciones.

- ¿Zora Garymann, verdad? Señaló el sujeto trajeado
- Si
- Por favor no salga del domicilio – dijo el hombre deteniendo a Zora que había intentado asomar medio cuerpo para echar un vistazo al exterior. No cabía en su asombro. En ese momento, una voz de uno de los policías surgió de uno de los pasillos.
- ¡Está aquí, señor, lo tenemos!
- ¿Por Dios agente, que ocurre? ¿Qué es esto? – dijo Zora mientras oía los furiosos gritos de su padre al fondo de la casa, ininteligibles.
- Se lo explicaremos más tarde.
- ¡Traedlo, nos lo llevamos!

En ese momento, el estómago se le encogía a Zora, incapaz de hablar mientras un temor inenarrable le recorría el esófago, pero todo quedó transformado en duda cuando 4 policías aparecieron por la esquina cargando con Siri. Zora se apartó, más por acto reflejo que por cortesía, y dejó paso a los 4 policías que levantaban el pesado artefacto. En ese momento, el resto de agentes abandonaron la casa, como autómatas, todos salvo los 2 que aparecieron también en la esquina sujetando a Nathan mientras éste forcejeaba débilmente, aún en pijama y soñoliento. El último de los policías cerró la puerta, dejando a Nathan, Zora, y los otros 3 policías a solas en el pasillo

Zora mantenía aún su boca entreabierta y asombrada cuando volvió a mirar al agente, reparó en cuán grande era. Un hombre alto y musculado, claramente de rasgos africanos, de aspecto impactante, mirada aguileña y gesto impenetrable enmascarado tras una cuidada y oscura barba completa. Y con la misma solemnidad que transmitía su aspecto, habló hacia los agentes que contenían a Nathan:

- Soltadle, no era necesario llegar hasta ese punto – éstos reaccionaron al momento, le soltaron, y salieron de la vivienda tras los pasos de sus compañeros.

El enorme hombre, prosiguió, sin atisbo alguno de amabilidad.

- Señor Nathan Garymann y Zora Garymann. Disculpen éste asalto. Hablaré con mis hombres. Tengo que hacerles unas preguntas

Zora jamás se había sentido tan violentada en su propia casa. No sólo se habían llevado a Siri. Las siguientes 3 horas resultaron agotadoras. El enorme hombre, que resultó llamarse Abel, les retuvo en su propio salón acompañado por otro agente silencioso, tomando notas junto a él en un artificioso ambiente de distensión. Las preguntas recorrieron desde la historia del centro de reciclaje hasta la historia familiar, y llegaron hasta Siri. Zora no descansó tranquila esa noche. La grave voz de ese tal Abel resonaba en su mente, incapaz de adormilarse. Una y otra vez, oía en su cabeza:

- ¿Señorita Zora, dónde encontró la pieza que le hemos requisado?
- La encontré en la meseta. Hará cerca de 8 años. – respondió Zora, visualizando aquellos flashes en la noche, fuertemente ensimismada.-
- ¿Fue testigo de alguna situación reseñable entonces? – y miró fijamente a Zora. Pero Zora apenas podía gesticular. Simplemente se limitó a responder...
- No...

Samuel Tonnke

El día había sido tranquilo para Samuel, sólo enturbiado por sus angustias y dudas sobre el repentino cambio que se cernía sobre su vida. Su mente se debatía a todas horas entre el placer de marchar lejos en busca del que había sido el proyecto de su vida, y el pesar de la idea de dejar atrás su vida misma.

Y, con todo su pesar, así lo plasmaba a su alrededor, aunque sabía que tarde o temprano su familia habría de acompañarle, aún tal cosa no era posible. Y lo veía cuando se miraba al espejo, o cuando su mirada se reflejaba en los oscuros ojos de Lyl, deslumbrantes sobre su tez aún más oscura dónde la marca de la edad no resultaba tan visible como lo fue el reflejo de la propia ansiedad de Samuel.

Pasaba ya el mediodía, y Samuel y toda su familia volvieron por la tarde a casa tras pasar el día en familia en la ciudad. Samuel disfrutaba de todos y cada uno de los sabores, olores, colores y sensaciones de la ciudad, a sabiendas de que próximamente habría de dejar atrás todo ello. Pasearon por el enorme Parque Victoria, su zoo, y todas las altísimas copas de plantas transgénicas, a caballo entre la naturaleza y la capacidad humana. El parque estaba surcado por ríos y lagunas aquí y allá, decorado con las especies más extrañas de plantas. Los pequeños Nerón y Agnes jugaban por las pasarelas, en una zona preparada para ello con especímenes bastante más pequeños, crecidos alrededor de toboganes, columpios y pasarelas que parecían formar parte de los mismos árboles, en mitad de lo que parecía un bosque enorme. Samuel paladeaba la humedad del ambiente, e igual hizo recorriendo las enormes galerías comerciales del centro, que antes le resultaban tan familiares. Pasearon las altísimas azoteas de los edificios Zanzibar y Hermes, los más altos de la ciudad con 92 pisos. Ambos relucían con jardines colgantes y espacios enormes abiertos al público, interconectando las azoteas en las alturas. Samuel aprovechó la ocasión para sacar las fotografías pertinentes que llevaría de recuerdo a las inmisericordes “outbacks” australianas, dónde se situaba el centro de investigación de Non-Limes, que, según calculaba Samuel, en aquellos momentos estaría casi totalmente restablecido. Mientras tanto, desde las alturas, observaba el perfil de la lejana ciudad de Pretoria, recortada contra el horizonte, tras la neblinosa calima sobre la pradera, y sobresaliendo levemente en la distancia, pequeña, muy pequeña.

Y con todo, los recuerdos volvían... y volvía lo impredecible. Samuel recordaba la última prueba de “Non-Limes”. Meses de estudios sobre potencia magnética, electricidad, complicadísimas tecnologías para generar plasmas eléctricos de alta densidad, y un despliegue intelectual, con expertos de varios países, que sólo les pudo permitir la autofinanciación conseguida con el Inductor Tonnke 334, descubierto por error, irónicamente. Éste les había permitido comprar un terreno apartado, una nave de investigaciones y una gran y avanzada instalación en el subsuelo, autónoma. Todo iba sobre ruedas, incluso tuvieron inversores. Pero en una de las pruebas, el voltímetro que Samuel observaba se disparó. Recordaba las voces. Recordaba la velocidad del incidente:

- ¡El voltímetro está al rojo, que está pasando! – preguntaba alterado Samuel.
- Tonnke, el campo magnético es estable, que raro... - Kisho, con la tranquilidad que le diferenciaba, mantenía la mirada en la gráfica de su pantalla.
- ¡No, Kisho, los supercondensadores se han sobrecargado! ¡10 Tetraelectronvoltios!
- ¡Imposible! – se recordaba a sí mismo Samuel, acompañado por las voces impresionadas de sus compañeros.
- ¡Y aumentando! – seguía diciendo Jonas, incrédulo. – ¡No entiendo nada!
- ¡Apagad, Sergey, apagad! – mientras Samuel iba girando decenas de potenciómetros e interruptores de las consolas principales de mandos.
- ¡Mierda no puedo, el plasma está retroalimentando todo! ¡El flujo no frena! – Gritaba desesperadamente, a su vez, Jayin. - ¡Pero no puede ser sólo el plasma, que está pasando, no hay fugas!
- ¿¿Cómo?? – Y Samuel notaba el terror por momentos inundando el ambiente- ¡¡Dios vámonos, esto es imparables, vámonos de aquí!!- Gritaba Samuel intentando elevar la voz por encima de los pitidos y chisporroteos de los medidores Geiger que comenzaban a enloquecer. La electricidad estática se podía respirar en el aire de la estancia, erizando el pelo de Samuel amenazadoramente.

- ¡¡Un momento!! ¡¡Estoy guardando las lecturas!! – Gritaba Jayin, sudoroso ante una pantalla crepitante de ordenador que empezaba a deformarse en presencia del poderoso campo magnético creciente. Una barra de carga indicaba la copia de archivos en el pendrive que Jayin sujetaba impaciente.
- ¿¿¡¡Dios, Jayin, no hay tiempo, quieres morir frito aquí!?! – gritaba Samuel en la puerta mientras esquivaba a los demás miembros que corrían pasillo afuera deshaciéndose de sus respectivas batas por el camino.
- ¡No!, ya los teng...-

La siguiente imagen que recordaba Samuel era un enorme resplandor blanco que inundó la habitación, procedente de ningún sitio, casi etéreo, y el cuerpo despedido de Jayin contra una de las paredes de hormigón, que cayó inerte en el suelo, con el gesto paralizado. Samuel recogió el pendrive, que cayó a un metro escaso a sus pies, con el plástico deformado y humeante. Hubo un segundo resplandor blanco tras el cual toda la maquinaria allí presente comenzó a levitar, temblorosamente, acompañada de un estruendo similar al de una turbina sobrecargándose en pleno vuelo. Rayos y chispazos eléctricos comenzaban a recorrer el aire, saltando de un objeto a otro aleatoriamente, mientras distintos cables salían despedidos. Samuel quiso rescatar a Jayin, sabía que no estaba muerto, gemía. Pero la energía en el ambiente era tal que incluso su propio reloj de pulsera empezó a tender puentes de corriente eléctrica como si de una bobina Tesla se tratara. Salió de allí despavorido, junto a un tropel de gente, compañeros de investigación, guardias de la instalación, decenas de personas, huyendo todos de lo desconocido. Ya en el exterior, a una distancia de la entrada en escalera al complejo, mientras corría, una enorme luz destelló a su espalda junto a un estruendo...¿metálico?. Veía a sus compañeros en la distancia, tapándose la cara como podían frente a una enorme luz que surgía a espaldas de Samuel, que casi podía ver su silueta recortada contra la luz. Jonas quedó tuerto para el resto de su vida. Y la imagen, cuando finalmente Samuel se pudo girar, no pudo ser más perturbadora.

Nada absolutamente fuera de lo normal. La nave donde llevaban a cabo las pruebas permanecía casi inalterable, salvo por casuales chispazos y descargas eléctricas a la verja de alrededor. Estaban seguros de que alguien debería haber visto el colosal destello, pero no hubo testimonios. Ni de destellos, ni de rayos, ni ruidos, de las piezas saqueadas cuando abandonaron las instalaciones, valoradas en millones, ni de los 23 desaparecidos, ni de Jayin. Fue el fin del proyecto...

Una vez en casa, pasado el mediodía y acomodados, sonó el teléfono. Samuel contestó, esperando la, a veces en exceso, jovial voz de Jonas. Pero se encontró con la juvenil Zora al otro lado del auricular:

- Hola señor Samuel, soy Zora.
- Hola Zora. Por cierto, puedes tutearme, no temas.
- De acuerdo – Samuel notaba un tono que no era propio de lo poco que había escuchado en esa voz. Oía la pesadez de la circunstancia.
- Verá, creo que tenemos que reunirnos cuanto antes, me interesa su encargo...
- Vaya, de acuerdo, no te preocupes. Aunque últimamente no tengo demasiado tiempo libre. ¿Te será posible hoy sobre las 21.00? – Zora quedó en silencio pensativa –
- Sí, pero no podrá ser aquí...
- No te preocupes, ven a mí casa, dirección Calle Well Hope, la urbanización 23 casa 322.
- De acuerdo, allí nos veremos.

Samuel prosiguió con sus quehaceres. Al día siguiente recogería los billetes junto a Jonas, y empezaría la cuenta atrás.

La hora de la entrevista con Zora se acercaba. Samuel puso la cafetera a funcionar, ya que esperaba que la reunión no resultara duradera. Cerró las carpetas del proyecto Non-Limes que poblaban la mesa del salón y las colocó encima de una mesita auxiliar junto al sofá.

Zora llegó con algo de retraso, algo a lo que Samuel jamás había dado importancia. Sonó el portero y se dirigió a la puerta, y pidió a Lyl algo de intimidad. Zora entró, saludó a Lyl, y comenzaron las negociaciones, en un confortable tresillo del amplio espacio que conformaba el salón de la vivienda. Samuel se encontró con una muchacha mucho más joven de lo que imaginaba, una joven sutil a la vista, de cuerpo cuidado y carácter amistoso como no le cabía esperar. Su bronceado denotaba que muchos de sus días transcurrían al sol. Samuel estaba en cierta medida sorprendido, pues no eran muchos los ciudadanos occidentales en Johannesburgo. Invitó a Zora a sentarse junto a una generosa taza de café. Ella había traído una carpeta tamaño A3 con los distintos bocetos que empezó a enseñar a Samuel, el cuál analizaba con avidez.. Ansiaba ésa escultura desde que se anuló el proyecto Non-Limes, y por fin se materializaba poco a poco. Les llevó bastante tiempo discutir los bocetos de Zora, a cada cual Samuel se sentía más maravillado. Veía su anhelo, un sueño plasmado en el metal incorruptible, algo que apenas podía explicar. Veía lo que esperó haber visto en “Non-Limes”

- Discúlpeme un momento Zora, tengo que ir al servicio. – dijo pasado un tiempo.

Zora asintió levemente mientras daba un trago del intenso café. Aprovechó la ausencia de Samuel para echar un vistazo alrededor. Veía objetos avanzados en las paredes, objetos caros, cuadros, bastante decoración exótica...pero su mirada se posó sobre un montón de papeles en la mesita junto a ella, en el sofá. – Escuchó cerrarse la puerta del baño en el pasillo –

Por simple curiosidad, Zora cogió la carpeta y empezó a pasar páginas, esperando, con inocencia, encontrar dibujos del pequeño Nerón, o cualquier trivialidad doméstica. Pero incrédula ante el abanico de diagramas, ecuaciones, fotografías y descripciones, retornó a la primera hoja. -“Non-Limes”...- Releyó Zora en un susurro, y volvió a la página donde estaba antes. Apareció una tabla de inventario, plagada de referencias, nombres y una columna indicando el “Sector”, pero no alcanzó a aventurar de qué se trataba. La carpeta contenía 233 páginas numeradas, y ésa lista de inventario ocupaba casi un tercio de ellas. Saltó a la última página y encontró una página repleta de anotaciones a mano, en mayúsculas. Una de ellas resaltó en su retina, como iluminada por luces de neón “880033457263AD SIRI no localizada. Desaparición constatada a día 23 de feb...”- Zora escuchó la cadena en el servicio, y la puerta reabriéndose. Sin saber muy bien qué hacía, tomó la hoja, la guardó en su chaqueta doblada torpemente, y cerró la carpeta con celeridad para dejarla en su lugar. Mientras Samuel volvía, Zora intentaba recuperarse de su languidez. Samuel debió notarlo ya que acababa de sentarse cuando le preguntó con curiosidad - ¿Todo bien, señorita Zora?... -Si, me...me he atragantado con el café, gracias por preguntar...- Zora carraspeó suavemente.

Zora volvió a casa. La velada con Samuel había sido extraña. Habían decidido cómo iba a ser la escultura, pero Zora no pensaba en eso. Entró a toda prisa en casa, se dirigió a su habitación, y cayó en la cuenta de que Siri ya no estaba allí. Quería haber comprobado lo que había visto, lo que aún no creía. Estaba encendiendo su ordenador cuando, como un flash, recordó su libreta de anotaciones sobre su colección de piezas. Estaba en su cajón, donde siempre, y comparó la ficha de Siri con la extraña lista. Allí estaba, efectivamente, su número: 8800334... y la fecha en la que la encontró ¿Qué significaba aquello? Se dejó caer en la cama, perdida en sus pensamientos intentando enlazar todo sin resultados concluyentes.

Tras calmar su mente, acto seguido se sentó frente al ordenador, e introdujo en el buscador “Non-Limes”. Le llevó bastante tiempo encontrar algo útil, no había mucha información. Pero lo encontró, encontró Non-limes, y sin buscarlo, encontró a Samuel Tonnke.

Pero no el Samuel Tonnke sosegado y sencillo. Era Samuel Tonnke, director del proyecto Non-Limes, que descubrió por error la pieza esencial para los levitadores magnéticos, hoy implantada en la mayoría de utilitarios.

Zora no daba crédito, ella misma había tenido el usual “Inductor Tonnke 334” en sus propias manos cientos de veces. ¿Pero qué tenía Siri que ver con todo aquello?. Obnubilada por la información, guardó ésta en su ordenador, y, colapsada, decidió dormir.

Mientras tanto, Samuel buscaba la hoja desaparecida, con una sospecha creciente... Miró severamente, en silencio, los bocetos que Zora había dejado en la mesa.

Su padre la llamó, con voz suplicante cargada de terror. – ¡Zora, levanta, están otra vez aquí!- Zora dio un brinco en su habitación, dónde había comenzado a planificar los materiales para la escultura de Samuel.

Entre la furia y el miedo, atenazada, abrió la puerta. Encontró de frente al enorme Abel, aún más imponente a contraluz, que, vestido de camisa, mostró un papel. Con un tono de voz que rozaba la ultratumba, se limitó a decir: “Quedan usted y su padre, Nathan Garymann, bajo arresto domiciliario. Están acusados por contradecir la normativa de prevención laboral. Habrá vigilancia y a las 21.00 horas me acompañarán a comisaría...- Abel dirigió una mirada inexpresiva a Nathan, asomado tímidamente allá al fondo.- Hasta entonces.- Y se alejó dando la espalda a la casa. Zora pudo ver a los dos guardias designados tomando su posición frente a la puerta, antes de cerrar ella misma, presa de un nudo en el estómago como nunca había sentido.

Nathan no tardó en explotar:

- ¿Cómo?¿Pero cómo que arresto domiciliario, que está pasando?¿Todo está en orden!- dijo el pobre hombre rozando el llanto.
- Tranquilo papá...- Zora, sin embargo, permanecía impassible, pues nada de lo que ocurría le merecía confianza alguna.
- ¡No puedo tranquilizarme Zora! –
- Revisemos todo. – dijo Zora.

Pasaron 2 horas revisando todos los papeles del centro de reciclaje, seguros, contratos, inventario...Hasta que, intentando hacer una llamada, descubrieron que la línea telefónica estaba inutilizada.

- Papá, esto no es normal ¿Lo sabes verdad?
- Lo sé hija...lo sé...- asintió Nathan, enrojecido por el agobio, frotándose la cara. – No te quise decir nada...pero... - Nathan lanzó una mirada de disculpa a Zora – les oí hablar a los que se llevaron ése chisme...

Zora aún no conseguía entrelazar todos los datos. No sabía lo que ocurría...¿Siri?¿El centro de reciclaje?¿Samuel Tonnke?...Su expresión se fue ensombreciendo según pensaba.

- ¿Qué dijeron papá?...Dímelo.
- Oh no tiene importancia, déjalo...- dijo Nathan desviando la mirada.
- ¡Papá, dímelo!¿Tienes idea de lo que está pasando? – En muy contadas ocasiones Zora había levantado la voz a su padre. Acababa de sumar otra –
- ¡Joder Zora, no grites, es lo que me faltaba!
- ¡Pues dímelo!, ¿acaso sabías que Samuel tiene a Siri en una lista?, ¿eh?, ¿sabías eso?
- Otra vez con Siri, pareces una cría con tu Siri...¿Espera...qué? – La cara de Nathan alcanzó el culmen de la incompreensión.

- Samuel, mi cliente, trabaja para un proyecto científico, no tengo ni idea de qué hacían. Tengo que saber más, no sé qué hace la policía aquí. Pero tengo que hablar con el inmediatamente.
- ¿Tiene algo que ver ese tío con todo esto Zora? – Nathan comenzaba a gritar de nuevo - ¿Ese Tonke, cliente tuyo? ¿Se puede saber con quién te juntas Zora? ¿Me lo puedes explicar??

Sin mediar palabra, Zora condujo bruscamente del brazo a Nathan hasta su dormitorio, y le mostró la información guardada en su ordenador, en ese momento sin conexión a internet. Le mostró la hoja sustraída a Samuel también. Nathan, pálido, habló:

- Los policías dijeron algo de que la pieza iba a ser enviada directamente a Australia. No me vieron, aún no me habían sacado de la habitación a empujones...

Zora rumió las palabras. Se sentó en el sofá del salón, e intentó llamar con su móvil de pulsera. Pero descubrió que el móvil también estaba inhabilitado, fuera de cobertura. No sabía que pensar, pero tenía que llamar a Samuel cuanto antes. Recorrió la casa probando teléfonos, ninguno funcionaba. Decidió que tenía que encontrar la manera de salir de casa.

Esperó a la penumbra del atardecer. Ya había intentado salir tranquilamente, pero los policías enseguida la retuvieron y la hicieron entrar en casa de nuevo. Pero el garaje no estaba vigilado. La puerta metálica de doble hoja soterrada a un costado de la casa pasaba desapercibida desde que Zora tenía memoria. En adición, allí mismo habían guardado a Ronin para evitar la inspección, y por ello precisamente se habían preocupado de cubrirlo con una capa de tierra y arbustos arrancados. Zora no tardó en actuar. Saldría, intentaría encontrar cobertura para llamar a Samuel, y volvería a casa cuanto antes.

Bajó al sótano, encendió la bombilla que colgaba del techo, iluminando una pequeña estancia, dónde Ronin colgaba de argollas en el techo, rodeado de neumáticos viejos, un banco de trabajo, y decenas de cajas rellenas de herramientas y cachivaches.

Enseguida apagó la luz para no delatarse al salir. Abrió lentamente, oteó alrededor, mientras la tierra deslizaba hacia el suelo suavemente. Comprobó que nadie rondaba las inmediaciones, y silenciosamente salió y cerró la portezuela metálica. Aún no encontraba señal, así que decidió alejarse aún más de casa, hacia la meseta. Se dirigió hacia allá, silenciosamente. No tardó mucho en alcanzar la cuesta, y la subió sin esperar nada de lo que encontró.

Zora hubo de detener su subida a la altura de su mirada, ante la impactante panorámica que se le presentaba. Cientos de linternas caminaban por la meseta, y potentes focos estáticos iluminaban directamente el suelo, algunos a unos 30 metros de ella. Junto a éstos, decenas de hombres vestidos completamente de blanco, con lo que parecían trajes anti-químicos, recorrían el suelo con aparentes detectores de metales. Zora, invadida por un horror indescriptible, volvió corriendo a casa, entró en el sótano, y cerró la portezuela, aterrada. Enseguida buscó a su padre en casa. Y tras contarle lo ocurrido, su padre apenas reflexionó sobre lo que le dijo.

- Zora, huye de aquí. No sabemos qué quieren. Busca a ese tal Samuel.
- ¿Papá, y tú? – Zora, empezaba a notar las lágrimas corriendo por sus mejillas.
- Tranquila Zora, soy el que menos tiene que ver, no sé nada de lo que ocurre. Por favor, yo te esperaré aquí, no pasará nada. – Abrazó con fuerza a Zora.
- Voy a la ciudad, en cuanto sepa algo volveré. Me llevo a Ronin.
- ¿Qué, a Ronin, estás segura?- el gesto de incredulidad de Nathan era inédito.

- Tendrán vigilados los coches. Con el piloto automático conseguiré llegar a la ciudad por la mañana sin problemas.

Zora entró en el trastero, encendió la bombilla, seguida de cerca por Nathan. Se aseguró de llevar encima la página manuscrita de Samuel. Entre los dos pusieron a punto a Ronin, que les saludó entre chasquidos mecánicos y condensadores eléctricos en carga. Cuando Nathan desancló a Ronin, Zora hizo un leve movimiento de caída junto al exoesqueleto, al apoyar las pesadas suelas metálicas en el suelo – ¡Clonk!-.

- Espera unos 15 segundos, volveré al salón. Fingiré que te escapaste.
- De acuerdo. Cuídate papá. Nos vemos mañana.

Zora esperó de cara a la salida y los peldaños, en silencio sepulcral mientras su padre se alejaba. 5...6...7... apretó los puños, a lo que reaccionaron las garras mecánicas con igual gesto. 9...10...11... miró fijamente la portezuela. 12...13...14...

Un solo impulso con las piernas hizo a Zora saltar cerca de un metro de altura, lanzando un puñetazo a la portezuela, una de cuyas hojas metálicas salió volando estruendosamente en la noche. Un chorro de luz surgía ahora desde el sotanillo, y aún era visible el resplandor de los focos en la meseta. Zora empezó a correr como pudo, rodeando la casa, pues no le quedaba más opción para alejarse.

Entre los estampidos metálicos, podía oír las atemorizadas voces de los guardias. Al girar la esquina, Zora los encontró de frente con linternas, pero se apartaron con sendos saltos entre gritos, lanzándose contra la pared de la casa.

Mientras corría, oía las voces de su padre desde la casa gritando “¡No disparen, es mi hija!”, mientras inconfundibles estallidos resonaban a su espalda. Zora encontró un coche de policía aparcado en su camino, de perfil a ella. A la velocidad que corría, le era imposible tomar impulso para saltar pilotando a Ronin. Sonrió para sí, siempre había querido hacer eso. Zora cruzó sus brazos frente a ella, agachó la cabeza detrás, y pulsó el botón de bloqueo de armadura en el centro del guante izquierdo, justo enfrente del coche. Se estrelló contra la aleta con las piernas, y cayó sobre el coche con todo su peso, desplazando el coche un metro entre esquirlas de cristal y pintura. El destrozo era brutal, y el coche humeaba mientras resonaba la sirena encendida con el enorme impacto. Zora desbloqueó a Ronin, se reincorporó, y pasó por encima del capó, rematando el trabajo. Corrió, dirección a la ciudad.

Desde la entrada, Nathan la veía alejarse. Uno de los policías, lentamente, aún lívido, se le acercó renqueante, mirando a Zora en la lejanía, enmudecido.

- La delicadeza jamás ha sido su fuerte – dijo Nathan con un susurro de asombro.

El teléfono sonó muy temprano, despertando a Samuel. Vio en el móvil el nombre de Zora, y se preguntó malhumorado que la hacía llamarle a las 7 de la mañana.

- Samuel, soy Zora, estoy en la puerta de la urbanización, tenemos que hablar ahora, no hay tiempo.

Samuel salió de casa corriendo, enfurecido, deseoso de explicaciones. Salió al jardín, luego a la urbanización, vestido con prisa y despeinado. Y en la calle, dio con ella. Con ella, y un aparatoso exoesqueleto que la rodeaba. La sorpresa era mayúscula para él, y para los pocos transeúntes que empezaban a circular por la calle. Zora esperaba con gesto impaciente, con los brazos cruzados fuera de los guanteletes de la bestia mecánica.

- ¿Por Dios qué haces? ¿Estás loca? ¡Entra!

Zora miró con odio a Samuel, y obedeció. El guardia no puso ningún reparo, atemorizado dentro de la garita, temeroso de ser convertido en una pelota de hojalata.

Samuel la condujo hasta un parque apartado de la urbanización para hablar con ella lejos de miradas curiosas, donde el frescor de la mañana circulaba entre hierbajos y algún que otro columpio infantil.

- ¿Quién eres, Zora? – Dijo Samuel, sin pestañear y con pose pensativa.
- ¿Cómo? – la situación comenzaba a ser incluso cómica para Zora.
- La policía está de camino, y no creo que ese exoesqueleto casero te permita llegar muy lejos en busca y captura...
- ¿Tú los mandaste Samuel? ¿Por ti van a cerrar el negocio de mi padre y a encerrarme, verdad? – Zora notaba la furia eclosionando en su interior.
- No, por ti. Nadie que no sabe lo que hace sustrae una lista de piezas desaparecidas de un proyecto como “Non-Limes” y esconde maquinaria propiedad del gobierno... Zora – su tono sugirió que no creía en tal nombre.
- ¿Qué? ¿Por esto me persigue un gobierno ahora? – tiró la página doblada a los pies de Samuel - ¿Por el Inductor Tonke? ¿Que le parece si me explica a mí qué hace la policía en mi casa robándome a Siri y mandándola a Australia!
- ¿Inductor? ¿No! ¡La pieza SIRI desapareció de Australia y apareció en tu casa! Algo poco usual para una pieza de un proyecto gubernamental ¿no crees? Hablaste demasiado de ella en su momento, seas quien seas... te pudimos seguir...
- ¡Ésa pieza estaba abandonada junto a la chatarra! – Zora empezó a gritar, cosa que se podía permitir mientras estuvieran en aquel lugar alejado de las casas.- No sé ni lo que es, no sé qué es Non-Limes, no sé quién es usted ni me importa! ¡Estaba allí y punto, cayó del cielo!

Samuel quedó paralizado.

- Cayó... del... ¿cielo?
- La encontré en el suelo, de pequeña... colecciono piezas, es una afición... - Zora contenía las lágrimas.
- ¿Cuando pasó eso? – El rostro de Samuel se iluminó, una emoción muy profunda comenzaba a surgir, intentaba escapar, trepaba por su estómago y encendía su alma, una orquesta empezaba a sonar.
- 24 de febrero de 2094 – Zora recordaba la fecha nítidamente anotada en la libreta. – Tengo fotografías.

Samuel recogió la hoja plegada del suelo, y la desplegó aceleradamente. Allí estaba escrito: “880033457263AD-SIRI no localizada. Desaparición constatada a día 24 de febrero de 2094”.

- 24... de feb... dios mio... el día del incidente... Zora, si no mientes... Siri no cayó del cielo.- Samuel apenas podía respirar – La enviamos nosotros desde Australia... Dios santo... ¡¡Funcionó, Non-Limes funcionó!!
- No entiendo nada...
- ¡Siri! ¡Es una de las piezas desaparecidas! ¡La teletransportamos hasta aquí! ¡Sudáfrica! ¡Es lo que buscábamos en Non-Limes!... – Samuel se desmayó.

26 de Enero, año 2128

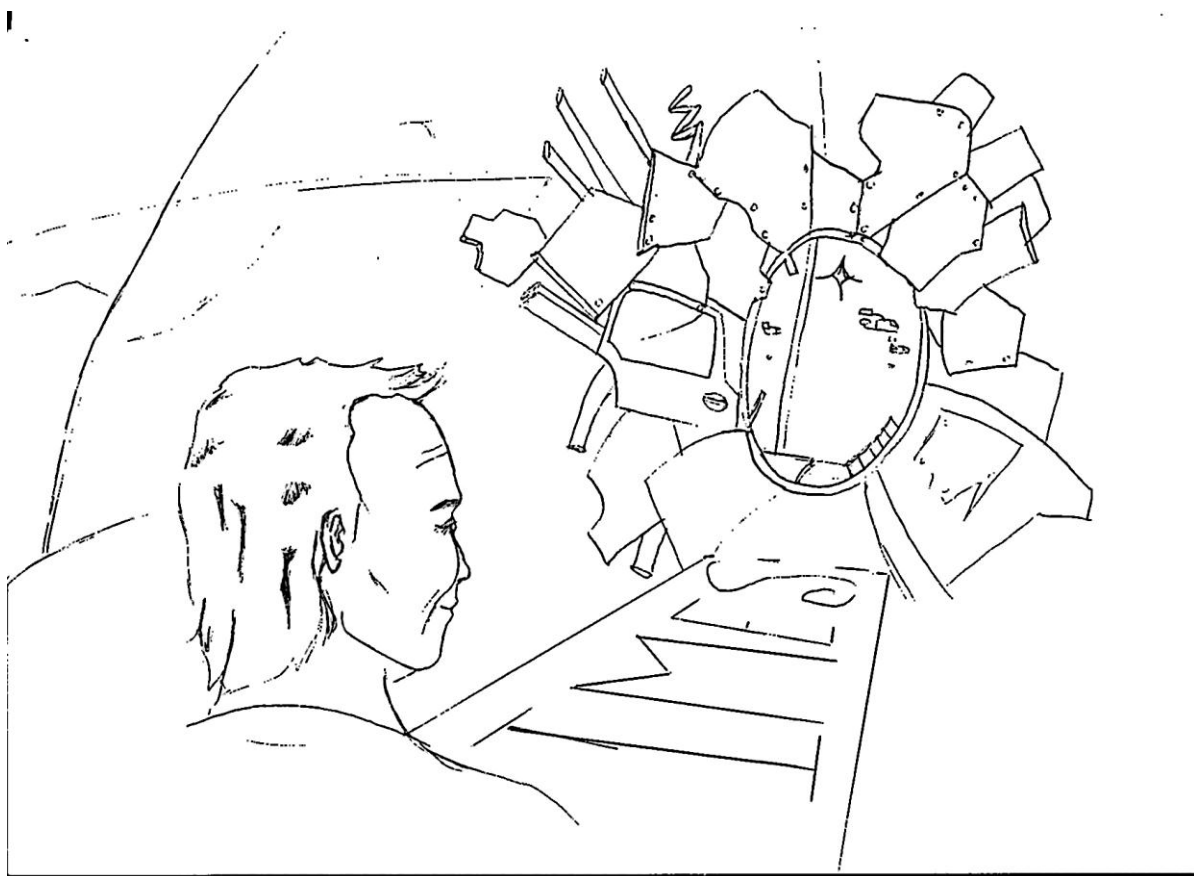
Mi nombre es Nerón, acabo de bajar del transbordador que ha aterrizado en Marte. En la colonia “Non-Limes I” la vida es cómoda, aunque aún no es una ciudad. El paisaje rojizo, visible a través de

puntuales ojos de buey al exterior por los pasillos del puerto, llenos de gente, me maravilla. La plaza de bienvenida está presidida por una gran escultura metálica, bajo una cúpula de cristal reforzado y sellado que mantiene habitable la colonia marciana, desde la que puedo ver los transbordadores en los puertos a unos 200 metros a la derecha, dónde aún continúan las obras de ampliación. Todo alumbrado por la luz rojiza que reflejan las rocas, montes, y destellos de algunos de los transbordadores entrando en fase.

En el centro de la plaza, la escultura preside la vida de la colonia, sobre un alargado pedestal de mármol, ligeramente inclinado hacia arriba. Un hombre de bronce camina por una pasarela metálica, con gesto seguro, tranquilo, hacia lo que parece un portal dimensional de ciencia ficción, abriéndose en éste momento, cuyo centro en ciertos días apunta a la Tierra desde aquí. Me encanta que esté hecha casi entera de antiguos restos de chatarra.

Enclaustrada en el pedestal, hay una gruesa vitrina que protege a la pieza “Siri”, cuya historia recoge una placa de bronce engastada en la roca. Y justo encima, en la base de la escultura, una inscripción reza: “Esculpido por Zora Garymann en 2104 – Levantamos mundos con la mente”. Es muy agradable ver el rostro de mi padre en ése hombre de bronce, aún los recuerdo, a él y a Zora... toda la humanidad lo hace. Gracias a ellos, estamos aquí arriba.

Y a 232,45 kilómetros más al Norte, en el monte Albor Tholus, a 2573 metros de altitud, Jayin y otros 8 cadáveres, mientras tanto, se erosionaban fundiéndose con su nuevo hogar.



Alejandro José Padilla Rodríguez

12 de mayo de 2013